

1

—Y las ganadoras del concurso pasarán las vacaciones de verano en... —la profesora Schreiber tuvo que consultar el folleto— Zámenek, recibiendo un curso de escritura literaria completamente gratis por parte de los mejores profesores de Europa.

—¿Qué es Zámenek? —preguntó un alumno—. ¿Un pueblo, una ciudad...?

—No. Es el nombre de la casa donde se alojarán las seleccionadas, una especie de castillo o algo así, pero no da más datos sobre su localización. “En el corazón de Europa”, dice. Quieren que permanezca en secreto. La verdad es que suena todo como muy intrigante —dijo la profesora sonriendo con aire de misterio—. Yo creo que vale la pena intentarlo, chicas. Entre vosotras hay algunas que escriben francamente bien.

Lisa bajó los ojos. Sabía que la profesora se estaba refiriendo a ella. Después dirigió la mirada con preocupación hacia las oscuras nubes que avanzaban amenazadoras por el cielo de Múnich y deseó con todas sus fuerzas desaparecer de aquella clase, no haber tenido noticias de ese concurso, no escribir bien.

—¡Pero eso no es justo! —saltó uno de los alumnos, que también se tenía por buen escritor—. ¿Por qué solo pueden concursar las chicas? ¡Eso es sexismo y discriminación!

—Son las bases, Sebastian. Este señor debe de ser un multimillonario excéntrico y puede emplear su dinero como quiera.

Hubo un murmullo de desaprobación entre los alumnos, y los comentarios fueron subiendo de tono hasta que la profesora decidió poner fin a aquello.

–Bueno, basta ya de tonterías. El caso es que el conde Franz Hemprich–Müller ha convocado un concurso literario entre todas las jóvenes de Europa nacidas en el año 2002. Es vuestro año. Todas vosotras deberéis escribir un cuento que tenga como título “La princesa triste”. Un jurado compuesto por los mejores escritores del momento decidirá quiénes son las elegidas. Habrá varias fases clasificatorias...

–Pero al final solo pueden quedar cuatro... –concluyó al mismo tiempo el profesor Maier en su clase de Viena–, que pasarán el verano en el castillo de este señor recibiendo un curso de literatura. Es una especie de experimento del conde... Müller no sé qué... Quiere saber hasta dónde puede llegar una joven con talento si es convenientemente educada. Quiere ser el “creador” de la mejor escritora del siglo XXI.

–¡Oh, qué filantrópico! –exclamó Betty, sentada de mala manera al fondo de la clase, con su pelo tintado muy negro, muy corto y despuntado–. ¡Magnífico creador que obliga a sus autoras a escribir lo que a él le dé la gana! ¿Y no resulta un poco extraño querer “formar” a una escritora negándole su creatividad?

–Yo me he limitado a leer las bases del concurso, Betty –dijo el profesor, que sabía lo que gustaba a la chica manifestar su rechazo a las imposiciones–. Si quieres debatimos sobre tu observación. Pero te advierto que nada de lo que digamos pasará de ser una simple conjetura.

–¡Yo voy a ser la mejor escritora del siglo XXI! –anunció ella con tranquilidad–. ¡Pero no necesito que me “cree” nadie! Tan solo, que alguien me descubra.

–Pues aquí tienes tu oportunidad.

–Pues que se la dé a su...

–¡Eh! –cortó el profesor–. No concurses si no quieres, Betty. Nadie te va a obligar... Pero sería una verdadera lástima que “la mejor escritora del siglo XXI” renunciara, por orgullo mal entendido, a esta magnífica ocasión.

Betty permaneció callada ante la firmeza del profesor y dirigió la mirada hacia la ventana, comprobando, con desaliento, que en Viena no había dejado de nevar.

–¿Entonces solo es obligado para las chicas? –preguntó un alumno en Ginebra.

–¡Ah, no, ni hablar de eso! Es obligado para todos. El conde Franz Hemprich–Müller puede establecer las bases que quiera para su concurso, pero en mis clases las pongo yo. Y aquí vais a escribir todos. Va para nota –zanjó la profesora Foissard.

–¿Y tiene que ser sobre ese tema tan cursi?

–Pues a mí me gusta –dijo Sabi con voz alta y tranquila.

Y después, jugueteando con la larga trenza oscura con la que sujetaba su hermosa cabellera, añadió:

–¡Una princesa triste! Madame Foissard, creo que ya tengo una idea rondándome por la cabeza.

La profesora la miró agradecida.

–No esperaba menos de ti, Sabi –le dijo con una sonrisa–. ¿A alguien más le resulta interesante el tema?

–A mí... –dijo Erzsebet en Budapest, llena de dudas–, me gusta mucho escribir, pero..., no sé si acertaré con lo que quiere ese señor. ¿Princesas tristes? ¿Por qué precisamente ese tópico? ¡Es muy convencional y muy antiguo!

–No lo sé –reconoció el profesor Kemény–. Nadie sabe por qué ha elegido ese tema, antiguo, convencional y... cursi tal vez. Ni por qué quiere que se presenten solo chicas. Ni por qué precisamente solo las nacidas en el año 2002... Pero debes intentarlo. Escribes bien, cumples los requisitos. Tú puedes darle un giro a ese argumento tan manido y ser tan original como quieras. ¿No te gustaría pasar un verano en ese lugar de ensueño?

¡De ensueño!, pensaba Lisa mientras recorría ligera la acera hasta la parada del autobús con el que atravesaría las calles de Múnich. No le apetecía nada pasarse el verano lejos de Mark, pero su amor por la literatura y su estricto sentido del deber no le permitían otra opción: esa misma noche empezaría a escribir.

Por su parte, Betty se acercó al despacho de su profesor al finalizar las clases.

–Entonces, profe, ¿tú qué harías?

–Ya te lo he dicho antes: debes intentarlo. Tú vales mucho y lo sabes. Si no te presentas por esa rebeldía que te gusta exhibir, luego, cuando sepas quién ha sido la ganadora y veas su libro expuesto en todas las librerías de Europa, escúchame bien, ¡de Europa!, vas a pensar que ese lugar te pertenecía... Y te vas a sentir la más tonta del universo.

Y Betty echó a andar por las nevadas calles de Viena pensando en el final de su relato. El principio hacía ya varias horas que lo tenía decidido.

Erzsebet atravesó el puente sobre el Danubio sin mirar el río. Sus ojos no captaron el momento en que se encendían las farolas de Budapest, llenando el atardecer de reflejos rosados. Su mente seguía dándole vueltas al extraño capricho de aquel hombre. Una princesa triste... La verdad es que era un tema sugerente, si se enfocaba bien.

Mientras, en Ginebra, Sabi no tuvo ocasión de recordar ninguna de las informaciones que su profesora acababa de dar aquella tarde. Al entrar en casa, se encontró a su madre tumbada en el sofá, muy pálida y sin fuerzas, y le encomendó que se encargara ella de la cena de sus hermanos. Su padre llegaría algo más tarde. Por su mente no pasaron ni concursos ni princesas. Pero sintió que algo muy parecido a la tristeza aleteaba a su alrededor.

En Múnich, Viena, Budapest y Ginebra, el destino de cuatro chicas nacidas en el año 2002 acababa de tomar el camino de Zámenek, un lugar del que nunca hasta ese día habían oído hablar.

2

Zámenek era un pequeño castillo situado en un paraje delicioso. Más que una fortaleza medieval, se trataba de una bella y majestuosa casa de campo flanqueada por dos torres con pequeñas cúpulas de tejas verdes, y rodeada por un jardín enorme que se extendía hasta perderse de vista en la parte posterior. Tras los huertos, las plantaciones de flores y arbustos y una amplísima pradera, se levantaba un tupido bosque de árboles tan altos, que no sería difícil encontrar nubes enredadas en sus copas en días menos soleados que el presente. No podían verlo desde donde estaban, pero desde las ventanas de sus dormitorios, en la primera planta, pronto descubrirían que, en medio del frondoso bosque, lucía en todo su frío esplendor un lago. Y en cualquier dirección hacia la que dirigieran su vista, una imponente sucesión de montañas aislaba el recinto de cualquier mirada curiosa. Era imposible imaginar más belleza natural reunida en tan breve espacio.

Las cuatro chicas descendieron de la pequeña furgoneta que las había recogido en el aeropuerto de Praga, recuperaron sus equipajes y contemplaron boquiabiertas el lugar en el que se encontraban.

–¡Guau! –exclamó Sabi, mientras Betty hacía sonar con estrépito la campana de la puerta– ¡Esto es precioso!

De las cuatro, Sabi era la más morena, la que tenía un aspecto, a pesar de su origen suizo, más oriental. Parecía una princesa árabe, con una larga melena oscura y ondulada, muchas veces recogida en una trenza que casi alcanzaba su cintura; la piel de color bronce, los ojos negros y

profundos. Compartía con sus compañeras su elevada estatura, pero ella parecía la más flexible, la que caminaba con la gracia de una bailarina clásica.

Erzsebet y Betty le dieron la razón. Tan solo Lisa se mostró un poco aprensiva.

–Pero entre tanta montaña, las tormentas deben de ser...

Lisa era también alta y delgada. Su melena, de color castaño y muy lisa, le caía en línea recta sobre los hombros, y se balanceaba con cada movimiento de su grácil cuello. Tenía la piel muy blanca, y en su rostro destacaban unos brillantes ojos marrones con destellos dorados. Sus gestos rápidos y la frecuencia con que fruncía el ceño denotaban un carácter nervioso y asustadizo, como un cervatillo al acecho.

–¿Te dan miedo las tormentas? –se interesó Erzsebet.

Erzsebet era muy hermosa: tenía una larguísima melena, abundante y ondulada, de un precioso color caoba, que enmarcaba un rostro casi perfecto: facciones totalmente equilibradas, ojos verdes bordeados por largas pestañas oscuras, nariz recta y una boca que constituía el punto culminante de su belleza. Su cuerpo era también el más redondeado y atractivo.

Pero antes de que Lisa pudiera responder, Betty ya estaba manifestando su impaciencia.

–Bueno, ¿y aquí qué? ¿Nos traen a este lugar abandonado del mundo para que no nos reciba nadie?

Era la única que llevaba el pelo corto, aunque lo cierto era que se había deshecho de su magnífica melena hacía muy poco, para demostrar al mundo que ella era algo más que la bellísima cascada de oro liso que se derramaba sobre su espalda. Se lo había cortado y se lo había tintado de un negro rabioso, lo cual no hacía más que acentuar el azul magnético de sus ojos y la perfección dorada de su piel. Tan alta como todas sus compañeras, Betty tenía un cuerpo atléticamente formado, lo que dejaba bien a las claras su afición a practicar deporte.

Parecía evidente que el jurado, además de valorar la calidad literaria de las obras presentadas a concurso, había tenido también muy en cuenta el aspecto físico de las participantes y no se había conformado con medias tintas. Aquel conjunto extraordinario de bellezas no podía ser casual.

La furgoneta se había marchado inmediatamente después de que el conductor hubiera depositado el equipaje de las chicas bajo el porche, y en la casa no se apreciaba señal alguna de vida.

Betty miró hacia las ventanas y dijo con voz potente:

–¡Eh, oiga, que hemos llegado! ¡Somos las escritoras! ¡Las del premio!

El conde Franz Hemprich–Müller, que las observaba desde la torre de la derecha, no pudo evitar una sonrisa divertida.

–Betty tiene carácter –comentó aún sonriente a una mujer de mediana edad, que estaba situada un paso por detrás de él, observando a las chicas con el mismo interés.

–Tal vez demasiado –objetó la mujer suspirando–. Esa actitud suya está muy cercana a la mala educación.

Y ambos siguieron mirándolas algunos instantes en silencio.

–Vamos, hermana –ordenó el conde–. Ha llegado el momento de conocerlas.

–Que Dios nos ampare –musitó ella–. Y no olvides llamarme Hilda.

El conde dedicó una sonrisa tranquilizadora a la mujer: hacía tiempo que tenía perfectamente asimiladas las identidades falsas de los dos.

Betty se había sentado en el suelo, más como gesto de protesta que por cansancio, y las otras tres permanecían de pie, separadas unas de otras, sin hablarse. Acababan de conocerse en el aeropuerto de Praga, y este era el único dato geográfico que conocían. Cada una había volado en un avión diferente desde su ciudad. Por supuesto, no todos los aviones habían llegado a la misma hora, y las que habían tenido que esperar a la última lo habían hecho, acompañadas por una azafata, en diferentes salas de espera para pasajeros de clase preferente. Allí las habían agasajado con comida, bebida y numerosos entretenimientos, pero no habían podido comunicarse con nadie hasta que todas estuvieron en el aeropuerto, momento en el que un hombre las había reunido. Entonces las habían hecho subir en una furgoneta con los cristales tintados, donde ya se encontraban sus equipajes, y habían iniciado un camino de más de dos horas hasta llegar a Zámek. La completa oscuridad de los cristales no estaba concebida, como es habitual, para impedir la observación de fuera adentro del coche, sino que, en este caso, se completaba con una total invisibilidad desde este hasta el exterior. Durante el trayecto a ciegas, las